





# CUENTOS

VOCES / LITERATURA



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Nuestro fondo editorial en [www.paginasdeespuma.com](http://www.paginasdeespuma.com)

Thomas Wolfe, *Cuentos*

Primera edición: marzo de 2020

ISBN: 978-84-8393-271-1

Depósito legal: M-30369-2019

IBIC: FYB

Fotografía de cubierta: «Thomas Wolfe looking at Mount Hood in Oregon, 1938»  
North Carolina Collection Photographic Archives, The Wilson Library, University of North Carolina at Chapel Hill

© De la traducción: Amelia Pérez de Villar, 2020

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2020  
c/ Madera 3, 1.º izquierda, 28004 Madrid

Teléfono: 915 227 251

Correo electrónico: [info@paginasdeespuma.com](mailto:info@paginasdeespuma.com)

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

THOMAS  
WOLFE  
CUENTOS

*Traducción de Amelia Pérez de Villar*





## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: TRADUCIR A THOMAS WOLFE . . . . .	IX
Un ángel en el porche . . . . .	3
El tren y la ciudad . . . . .	13
La muerte, ese hermano orgulloso . . . . .	43
No hay puerta . . . . .	99
Cuatro hombres perdidos . . . . .	157
Boom Town, la ciudad del <i>boom</i> inmobiliario . . . . .	179
El sol y la lluvia . . . . .	213
La casa apartada y perdida . . . . .	221
En lo oscuro del bosque, extraño como el tiempo . . . . .	251
Para que parezca profesional... . . . .	267
Los nombres de la nación . . . . .	279
Una de las muchachas de nuestro grupo . . . . .	295
El circo al amanecer . . . . .	303
La tierra de su padre . . . . .	309
Old Catawba . . . . .	321
Arnold Pentland . . . . .	333
El rostro de la guerra. . . . .	343
Gulliver . . . . .	361
En el parque . . . . .	375
Solo los muertos conocen Brooklyn . . . . .	389
Polifemo . . . . .	397
Tan lejos, tan cerca . . . . .	405
Los vagabundos cuando se pone el sol . . . . .	409
La campana que recuerdo . . . . .	417
La fama y el poeta. . . . .	433
Retorno . . . . .	441
El señor Malone . . . . .	447
Oktoberfest . . . . .	459
Él. Un recuerdo . . . . .	471
Abril, finales de abril. . . . .	481
El niño y el tigre . . . . .	495

Katamoto . . . . .	519
El muchacho perdido . . . . .	533
Chickamauga . . . . .	565
La compañía . . . . .	589
El prólogo de América . . . . .	605
Semblanza de un crítico literario . . . . .	621
El cumpleaños . . . . .	633
Reflexiones sobre los expertos: Dexter Vespasiano Joyner . . . . .	649
Las tres en punto . . . . .	663
El invierno de nuestro descontento . . . . .	669
El oscuro Mesías . . . . .	681
Los que cultivan malvalocas . . . . .	689
Nebraska Crane . . . . .	695
Esto es el hombre . . . . .	709
La promesa de América . . . . .	715
Los hombres vacíos . . . . .	719
Anatomía de la soledad . . . . .	731
El león por las mañanas . . . . .	741
El caballero emplumado . . . . .	765
El periódico . . . . .	777
No hay cura para esto . . . . .	793
Sobre los <i>leprechaun</i> . . . . .	799
El hijo pródigo . . . . .	807
El Viejo Rivers . . . . .	837
La justicia es ciega . . . . .	875
No habrá más ríos . . . . .	885
La carta española . . . . .	909

ÍNDICE ALFABÉTICO DE TÍTULOS EN INGLÉS . . . . . XIX

ÍNDICE ALFABÉTICO DE TÍTULOS EN ESPAÑOL . . . . . XXI



## UN ÁNGEL EN EL PORCHE

*(An Angel on the Porch)*

A última hora de la tarde de un día del verano aún joven, la reina Isabel entró en la plaza y pasó por delante del taller de Gant el marmolista. Rodeado de mármoles y lápidas –de esos fríos corderos tallados de la muerte– el cantero estaba recostado en la baranda debatiendo con Jannadeau, el fiel suizo que, confinado en un espacio diminuto que había arrendado entre las piedras de Gant, sondeaba con delicada concentración y provisto de un monóculo las entrañas de un reloj.

–Ahí va la reina –dijo Gant, deteniendo un instante su debate–. Una mujer lista. Un prodigio, tan seguro como que estamos aquí –añadió con deleite.

Inclinó, galante, la cabeza e inició una floritura con su enorme chasis de uno noventa y cinco.

–Buenas tardes, señora.

Ella correspondió con una luminosa sonrisa que bien pudiera contener el aleteo de un antiguo recuerdo, e incluyó a Jannadeau con otra inclinación de cabeza agradable, pero impersonal. Se detuvo un momento y giró la mirada cándida hacia aquellas lápidas mortuorias de granito pulido, con querubines y corderos tallados, que había en el taller, hasta posarla en un ángel apoyado que descansaba en unos pies tísicos y helados y que, aparcado a la puerta del pequeño porche de Gant, sonreía con la expresión de blanda estupidez de la piedra. Luego, con paso firme y brioso, reanudó su camino y pasó de largo sin prestar atención a la expresión de virtud herida que brillaba en los ojos del relojero, que había levantado la vista de su mesita llena de suciedad y chismes para ver cómo se desvanecía la figura, mientras lanzaba un sonido gutural de disgusto.

Los hombres reanudaron el debate.

—Acuérdate de mis palabras —continuó Gant mientras se humedecía el enorme pulgar como si nada le hubiera interrumpido y reanudaba su ataque contra el partido demócrata y el mal tiempo, el fuego, la hambruna y la pestilencia que asistían a su administración—. Si vuelven a salir tendremos comedores sociales, los bancos se irán a pique y tendrás los intestinos pegados a la espina dorsal antes de que termine el próximo invierno.

El suizo extendió la mano hacia la biblioteca que consultaba siempre que discutían un tema complicado —una edición mugrienta de *The World Almanac* de hacía tres años— y, tras pasar las páginas con el pulgar no menos mugriento dijo, con un extraño tinte de nostalgia:

—Ah, eso mismo estaba pensando yo: los impuestos municipales de Milwaukee, con la administración de *móc-rata*, fueron en 1905 de dos dólares y veinticinco centavos por cada cien, el nivel más bajo en muchos años. No quiero *imaginar* por qué no dan los ingresos totales.

Juicioso y razonable, discutidor y amigo de las estadísticas, el relojero polemizaba animadamente sobre su Titán, le pinzaba la corona con aquellos dedos negros y romos y su rostro ancho y amarillento estallaba en mil arrugas flácidas cuando se reía con su risa gutural de la insensatez de Gant y de los párrafos ondulantes de su retórica.

Así conversaban a la sombra del gran ángel que había junto a la puerta que daba al porche de Gant, deleitándose en su debate con una sonrisa de estúpida benevolencia. Así conversaban cuando pasó Elizabeth: disfrutaban de la fresca humedad del cobertizo de ladrillo de Gant, rodeados de piedras, de lápidas, de los fríos corderos de la muerte tallados en mármol. Y mientras conversaban, los ojos grises y furtivos del marmolista, que ahora ya rara vez se oscurecían con la sombra de un ansia antigua —pues la piedra y el frío habían forjado el rostro de un ángel— miraron hacia la plaza, hacia el bullir de la ciudad, y al pasar junto a su puerta aquella mujer de andares garbosos quedaron tocados por un recuerdo que él creía muerto para siempre. Palabras perdidas. Rostros olvidados. ¿Dónde? ¿Cuándo?

Se acercaba a los sesenta y cinco. Su cuerpo, elongado y erecto, ya no cambiaría más. Estaba un poco encorvado. Hablaba a menudo de la vejez y en sus diatribas se quejaba de la mano derecha, enorme y agarrotada por el reuma ahora, cuando antaño talló tan sutilmente la tórtola, el cordero, las manos frías de la muerte entrelazadas (pero nunca el rostro de piedra de un ángel con expresión de blandura). Invasido por la lástima hablaba de sí mismo como «ese pobre tullido que tiene que alimentar a toda su familia».

La carne altanera y sensual iba camino de convertirse en polvo.

La indolencia de la edad y de la desintegración empezaba a apoderarse de él. Ahora se levantaba una hora más tarde, llegaba puntualmente a su taller, pero pasaba buena parte del día tirado en el sofá de cuero desgastado del despacho o de cháchara con Jannadeau, con el viejo verde de Liddell, con Cardíaco, su médico, o con Fagg Sluder, que había invertido su fortuna en secreto en dos enormes edificios en la plaza y en aquel preciso instante estaba cómodamente recostado en una silla delante del parque de bomberos, cotilleando encantado con los miembros del club de pelota del que él era el principal apoyo. Y cuando daban las cinco, terminaba el partido.

Pasaron junto al taller los jornaleros negros: volvían a casa desde el tajo cubiertos por el polvo blanco del cemento, que les daba un aspecto fantasmagórico. Los carreteros se fueron dispersando, un policía encorvado ganduleaba en la escalinata del ayuntamiento mientras se escarbaba entre los dientes y, por el lado del mercado, se oía el aullido ocasional de una negra borracha, procedente de las ventanas enrejadas de arriba. La vida bullía, zumbaba como una mosca.

El sol se había enrojecido un poco; soplabla una brisa suave que llegaba de las colinas, descanso y frescos para la tierra cansada, y la esperanza, el éxtasis y el anochecer, flotaban ya en el aire. La gruesa pluma de agua de la fuente brotaba con pulso lento desbordándose sobre sí misma y volvía a caer sobre el estanque con ritmo perezoso. Pasó una carreta traqueteando, ladeada, sobre los grandes adoquines. Y más allá de los bomberos Bradley, el de los ultramarinos, subió el toldo de la tienda con un chirrido lento en cada giro de la manivela.

Al otro lado de la plaza, las jóvenes doncellas del lado este de la ciudad iban de camino a casa en pequeños grupos, charlando, con paso ligero. Llegaban al centro a las cuatro de la tarde, recorrían la pequeña avenida varias veces, arriba y abajo, se metían en un comercio para comprar alguna bagatela que justificara el paseo y, para terminar, entraban en la bodega del pueblo, donde haraganeaban y vociferaban los solteros locales reunidos en grupos perezosos pero siempre alerta. Aquel era su club, su punto de encuentro, el foro de los sexos. Los jóvenes se separaban del grupo y regresaban a la mesa con una sonrisa presuntuosa.

—Eh, la de ahí, ¿tú de dónde *viene*h?

—Venga *pa'acá*, señorita. Quiero hablar con *usté*.

Gant levantó la vista y observó. Le surcaba los labios finos el más leve atisbo de sonrisa pillina. Se humedeció rápidamente el enorme pulgar.

Mientras sus ojos furtivos recorrían el extremo oriental de la plaza, Gant conversaba con Jannadeau. Por delante de la tienda iban pasando las hermosas comadres del pueblo, que venían del mercado. De vez en cuando alguna sonreía al verle, y él se inclinaba formando un gran arco. ¡Qué modales tan finos!

—El rey de Inglaterra —observó— no es más que un mascarón. No tiene ni pizca del poder del que tiene el presidente de los Estados Unidos.

—Su poder está severamente limitado por la costumbre, pero no por los estatutos —dijo Jannadeau con voz gutural—. Incluso ahora, en la actualidad, sigue siendo uno de los monarcas más poderosos del mundo.

Sus dedos negros rebuscaban con cuidado entre las vísceras de un reloj.

—El difunto rey Eduardo, con todos sus defectos —dijo Gant humedeciéndose el pulgar— era un hombre listo. Y este tipo que tienen ahora es un necio y un cero a la izquierda.

Y puso una sonrisa de oreja a oreja ante aquella imagen retórica antigua mientras lanzaba una mirada furtiva al suizo para comprobar si su grandilocuencia surtía efecto.

Sus ojillos inquietos siguieron con atención al elegante carruaje de la reina Isabel y su distinguida figura cuando la dama pasó

de nuevo junto a la tienda. Ella sonrió cordialmente y se dirigió a su casa, a su terraza con celosías. Y él volvió a regalarle una complicada reverencia.

–Buenas tardes, señora –dijo.

Ella desapareció. Pero al instante regresó con paso decidido y subió los anchos peldaños de la escalera. Él la observó mientras se acercaba: se le aceleraba el pulso. Doce años.

–¿Y cómo está la señora? –preguntó con galantería justo cuando ella cruzaba el porche–. Elizabeth, precisamente ahora le estaba diciendo a Jannadeau que es usted la mujer más elegante del pueblo.

–Vaya, eso es tremendamente delicado por su parte, señor Gant –dijo ella con voz fría y serena–. Siempre tiene usted a punto la palabra idónea para cada cual.

E hizo un gesto cordial y animado, a Jannadeau, que giró lentamente la cabeza enorme y ceñuda y susurró algo a la dama.

–Vaya, Elizabeth –dijo Gant– no ha cambiado usted un ápice en quince años. No me creo que sea ni un día más vieja que entonces.

Tenía treinta y ocho años y estaba bien convencida de ello.

–Ah, claro –respondió riendo–. Eso me lo dice solo para que me siente bien. Pero ya no soy ninguna pollita.

Tenía la piel clara, pálida, agradablemente salpicada de pecas. El pelo color zanahoria y una boca animada y humorística. Era de constitución recia y menuda, y ya no era una jovencita. Tenía una energía tremenda y modales distinguidos y elegantes.

–¿Cómo están las niñas, Elizabeth? –preguntó él, amable.

El rostro de ella se ensombreció y comenzó a quitarse los guantes.

–Por eso he venido a verle –respondió–. Perdí a una la semana pasada.

–Sí –respondió Gant grave–. Lo sentí mucho cuando me enteré.

–Era la mejor de todas –dijo Elizabeth–. Por ella hubiera hecho cualquier cosa. E hicimos lo que pudimos: puse un médico y dos enfermeras tituladas a cuidarla, todo el tiempo.

Abrió el bolso de piel negro, lanzó los guantes al interior, sacó un diminuto pañuelo con ribete azul y comenzó a sollozar quedamente.